

Director: ARTURO A. GIMENEZ

CARICATURAS CONTEMPORÁNEAS

NUESTROS JUECES
DOCTOR PEDRO E. GARZON

AÑO I
N.º 33
Octubre 14 de 1894
PRECIOS SUSCRICION
MONTEVIDEO DEPARTAMENTOS

Un mes	\$ 1,00
Seis meses	" 5,00
Un año	" 9,00

EXTERIOR

Los mismos precios en moneda equiva.
lente con el aumento del franco
Número corriente 30 centesimos - Número atrasado 30 centesimos

SE VENDE EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS
SE PUBLICA LOS DOMINGOS

Oficinas Provisorias: CALLE URUGUAY, 301
MONTEVIDEO.

IMP. Y LIT. LA RAZON, CERRO, 57

A. Correa
1894

De la ley no se aparta nunca un punto,
y prueba es de que así procede el tal,
la sentencia dictada en cierto asunto
de cierta "Compañía Nacional."

SUMARIO

TEXTO—«Zig-Zag», por Arturo A. Giménez—«Predicar en desierto», por El Cabezón—«Divajando», por C. Lengua—«Cuentos», por R. A. Medó—«La peluca de don Gasto», por Carlos Starico. (Fin)—«Para Ellas», por Alina Doré—«En un abanico», por Quique—«Epigramas», por Mejillón—«Partes y novedades», por Fray V. de Lorza—«Teatros», por Re-Bemol—«Germana», (Novela corta), por Miriam—«Mendugencias»—Correspondencia particular—Sección recreativa—Avisos.

GRABADOS—«Doctor Pedro S. Garzon», por M. Correa—«El arte en los salones» (Nuestros aficionados), Srta. Josefina Gibila, por A. Giménez—«En expectativa»—«Farras Brothers y Ca. por Wimplaine»—Ilustración de Perez y Ortiz—«Para Ellas» (Retrato de niña)—y varios intercalados en el texto, por A. Giménez—Nuestros prohombres políticos de incognito por Wimplaine.



Si no hubiera llegado ya la Primavera, á creer al calendario, era el caso de decir que estábamos frescos.

Porque miren ustedes que es fuerte eso de que la estación florida se nos presente este año de tan mal cariz. Tanto, que muchos no la han reconocido, ó lo han hecho por medios indirectos.

Como uno que decía, restregándose las manos:

—¡Ajaja! Ya tenemos encima la primavera!

—Ya. Lo que tiene usted encima es una mojadura que asombraría á un pez delicado de salud.

—¡Eh! Eso no es nada. Son bromas de la estación.

—Pero ¿en qué ha conocido usted á la Primavera?

—Pues... En el calendario.

Sólo así.

Porque á juzgar por las apariencias, cualquiera podía suponerse que el Señor había dado en la idea de enviarnos el océano por entregas, sin considerar que ya tenemos encima á Baring Brothers y C.^a

¡Y tanta gente como espera la llegada de la dulce estación!

Y pensar que los poetas la han llamado la estación de los amores! Así como así el que no sea nadador de primera fuerza, ó cuando menos buzo, se atreve en estos días á pasear la calle á una dama! De fijo que si consigue llegar hecho todo un acantopterigio á la esquina de la cuadra, llega al otro extremo cadáver. Los casos de viudez platónica iban á aumentar considerablemente.

En cambio, cuánto se presta todo esto para exclamar á la despedida, abriendo el paraguas con trágico ademán, y con mucho cuidado si es viejo, condicion que tienen casi todos los paraguas de enamorados.

—Voy á salir.

«Si oyes contar de un naufrago la historia ya que en la tierra hasta el amor se olvida!...»

—En fin, como ha de ser, me decía don Timoteo, que es un sastre cesante por falta de clientes y hombre muy amante de la carbonada con alcahuciles y de las representaciones dramáticas de aficionados. Dicen que es la época en que todo brota y florece y por eso, sin duda, ha brotado un marañal en cada nube y se nos está despeñando con ferroz ensañamiento pulmonicida.

—¿Pero, será esta la Primavera? intervino un pariente en línea quebrada de don Timoteo, por parte de un primo que vive en Mallorca, del fiado.

—Pues, no ha de ser! dijo un tercero. Yo lo conozco en que, como ha dicho don Timoteo, todo brota y florece.

—¿Y qué ha visto brotar usted?

—Un grano del tamaño de una damajuana en el pescuezo de mi sobrino, que en su desesperación chillaba y grita que le han metido allí dentro la cúpula del Ateneo ó cosa por el estilo.

—¿Y qué remedio le han aplicado ustedes?

—Hombre, ninguno; porque como el grano está situado en la nuca, y el único remedio es hacerle una incisión, tengo miedo de descabellarlo sin querer.

—Tiene usted muchísima razón. En esta época es malo hacer incisiones en el cerebelo.

—¿Por qué, en esta época? Yo creo...

—Porque eso es lo que llaman el árbol de la vida.

—¿Y?

—Y que no es aún el tiempo de la poda.

**

El caso es que esta inusitada aparición de la Primavera, con lluvias y vientos y demás etcéteras ha sorprendido á cuanto bicho viviente la espera con fines más ó menos prácticos.

Figúrense ustedes la situación de aquellos que aguardaban los primeros días templados para empeñar las prendas vestibles de invierno.

Porque hay de estos que tienen mucha afición á esos negocios.

Conozco uno! que no teniendo nada que empeñar á la llegada de la dicha estación, por no haberse hecho ropa de invierno y no poseyendo, por tanto, sobretodo, ni boa, ni capa que dar al prestamista, empeñó *La capa de José*, una zarzuela basada en el célebre episodio del joven hebreo con la mujer de Putifar, tan sólo por decir después:

—Hombre, ayer empecé toda mi ropa de invierno.

Este mismo hablando con otro sobre posibilidades, decía:

—La única cosa por que no me gustaría ser animal, es porque no sabría cómo entenderme para empeñar el cuero una vez concluido el invierno.

Otros de los mal sorprendidos con la Primavera acuosa, son los que carecen de paraguas.

Aunque, á la verdad, esto no es tan raro. Tanto, que aún hay algunos que no conocen todavía su uso.

Ayer, sin ir más lejos para probar mi aserto, entró un gallego viejo para más señas, en una peluquería y compróse un paraguas. Salió con él, y no había transcurrido media hora cuando volvió á la tienda.

—Este paraguas no sirve, dijo al comerciante.

—¿Cómo?

—He andado con él diez cuerdas, y ni ha pensado en cesar la lluvia.

—Y bien.

—Y que si no sirve para hacer parar el agua, ¿cómo lo venden ustedes como paraguas?

Lo cual me hace acordar de un otro, que, leyendo el parte de la estación meteorológica en que se calculaba en ocho milímetros la

cantidad de agua caída en el departamento de Montevideo, exclamó con asombro:

—Mira tú; aquí dice que han caído ocho milímetros de agua.

—¿Y qué?

—Y que, para mí, y según lo que he visto, han caído ya, por lo menos, más de doscientos baldes!

**

La discusión del arriero Baring produjo en la Cámara un belén de mil demonios, en que la emprendieron á insulto limpio, ó más bien dicho, sucio, los diputados Segundo y Piccardo.

Lo que he dicho yo siempre. Es peligroso eso de que Piccardo esté en la Cámara, porque cuando se trata de picarse lo hace con ganas.

Refiriéndose á esto, dice un colega:

«La actitud del diputado Segundo dió pie á que se produjera un fuerte altercado entre este señor y el diputado Piccardo, etc.»

Lo dudo mucho, y me fundo para así dudar, en que, de seguro no es Segundo quien pueda á nadie dar pie.

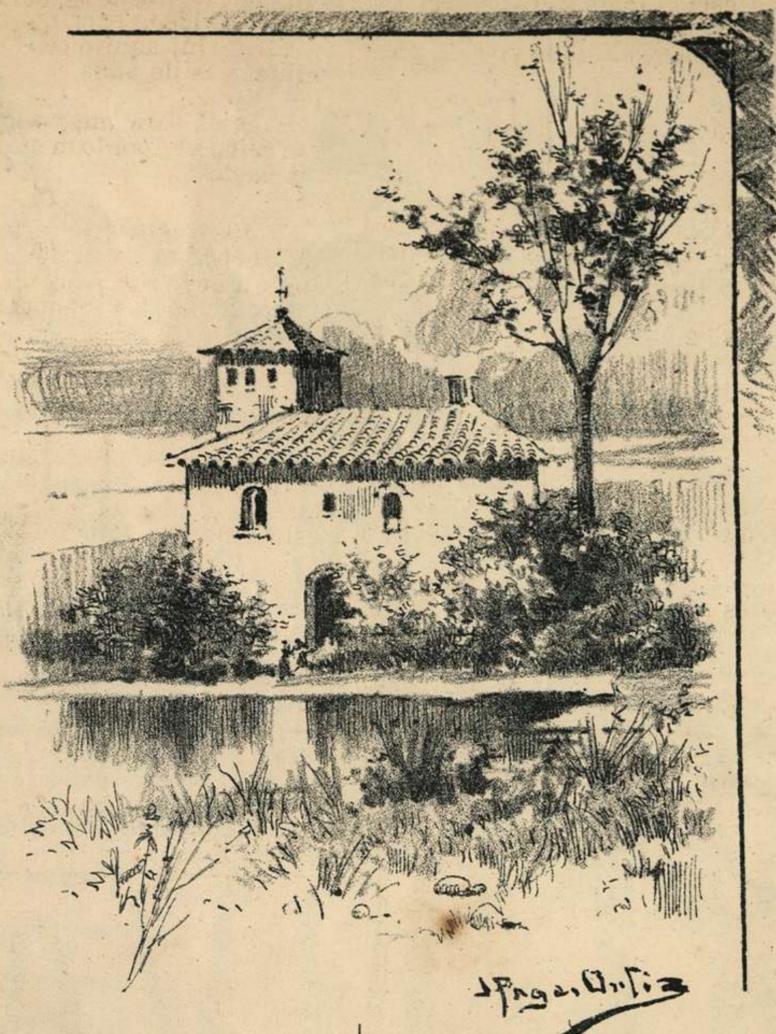
ARTURO A. GIMÉNEZ



Predicar en desierto

Por ver si se corregía y la bebida dejaba Lucas, que se emborrachaba á cualquier hora del día, le dijeron sus amigos en la crítica ocasión en que iba otro borrachón rodeado de testigos: —¡Mira, mira qué papel va haciendo tan bochornoso!... Y les contestó envidioso: —¡Quién estuviera como él!

EL CABEZON



Divagando

...La verdad que la poesía no es una señora muy dadivosa! ¡Ya lo creo que no! Inspiración es lo único que da, y como con ella (digámoslo en prosa) no se come... ni siquiera miel, de que tan amantes son las musas, está uno expuesto á comerse á sí mismo. Algunos amigos, muy buenos sin duda alguna, me han aconsejado que para excitar mi estro poético, no tengo que hacer otra cosa que andar y andar por el campo abierto, rodeado de flores y de cantos de avecillas. ¡Bueno es ello! Lo único que he conseguido hasta ahora es destrozarse las suelas de los últimos zapatos que me quedaban. ¡Por los cuernos de Medea! (No sé si Medea tuvo cuernos.) Por eso yo siempre le decía á mi encantadora Eugenia, la inspiradora de mi mejor canto: «El hombre sin dinero en una copa sin pié». No es que yo sea aficionado á la bebida; no, señor. ¡Ay, Dios de los dioses! ¡Beber yo! Creo que la única vez que he tomado vino ha sido cuando me bebí una vinajera ayudando misa. Tengo mala estrella. Soy el ser que, sin oler deliciosamente, me parezco más al clavel del aire ¡Y tengo buena salud, gracias á Dios! La sola enfermedad que he padecido fué un gran temblor en la nariz, que me tuvo melancólico y pensativo por algún tiempo. Pero me curé, gracias á Clotilde; ¡pobre muchacha!—que me consoló (no la nariz), con sus mimos de hada amorosa.

Ahora no me quedan ni Eugenia ni Clotilde: sólo me resta mi estro poético; cada vez más exaltado, cada vez más poderoso, más vivo, más luminoso, más brillante, ¡oro incorpóreo á rimarse en estrofas de sentimiento é inspiración! ¡La poesía! ¡Qué palabra esta! Cuando la pronuncio, hasta la lengua misma empieza á agitarse á influjo del rayo inspirador... Y la verdad, la verdad; á medida que voy andando, como dicen mis amigos, el arranque poético se apodera de mí. ¡También el medio que me rodea! Todo perfumes, soledad deliciosa, y un panorama... ¿Qué veo? ¿Qué es aquello? Un chalet... ¡Una vivienda adorable! ¡Y el estanque que tiene delante... Sobre sus transparentes y tranquilas aguas me parece ver nadar ya una pareja de cisnes... ¡Es un edén escondido! ¡Y qué silencio, qué misterio poético parece rodearle! ¿Quién será el feliz mortal que vive bajo ese techo? ¡He ahí mi ideal! Vivir en una casita como esa, lejos del mundo, solo con mi musa y amado por una mujer hechicera que alegre el nido con sus gorjeos de alondra dulce y enamorada. ¡Ah! Ya sé, me lo figuro: sin duda viven ahí dos recién casados, que gozan de las delicias de la luna de miel en ese retiro adorable... Allí está el jardín (sí, aquello debe ser un jardín) lleno de rosas, de jazmines, todo tan arreglado, tan cuidado... Por las mañanas, saldrán ambos á pasear, muy juntitos, con las bocas unidas en un continuo beso; ella tomará una flor, la más

hermosa, y se la ofrecerá á él, que á su vez se la pondrá á ella entre sus perfumados cabellos de oro, ó junto á su cuello de alabastro... ¡Ah, felices, felices!... Y todo este poema de amor, en la intimidad más deliciosa, en la tranquilidad más completa... A este poético retiro leviené á maravilla, lo precisa, lo exige, el letrero de: *Parva domus magnae quies*, como si dijéramos: Casa pequeña, gran reposo. Pero... ¿será cierto? ¿No es ilusión? ¡Veo un letrero!... Sí, allí está... ¡Oh! Tengo yo un don de adivinación maravilloso, que debo sin duda á la brillantez de mi estro... ¡Corro á leerlo, estoy seguro!... ¡Bendita poesía! »

El letrero decía:
Se benden tres vurros jóvenes

C. LENGUAS.

Cuento

Pues te vi en la calle sola te voy á contar un cuento: Una niña con su madre vivían no sé en qué pueblo, muy hermosa, muy honrada y de bondades modelo. ¿Me escuchas con atención niña de los ojos negros?

Dieciseis años tenía como tú; rubio el cabello, los labios color de rosa y el alma color de cielo. Sola también los vecinos la encontraban por el pueblo... Mas, ¿por qué me miras tanto niña de los ojos negros?

Al contemplar su hermosura rendidos mozos y viejos sin cesar la perseguían con sermones y requiebros. Ella escuchó los segundos olvidando los primeros... Mas ¿por qué te pones triste niña de los ojos negros?

Creyendo en dulces promesas y en mentidos juramentos, en las rosas de sus labios dejó filtrar el veneno; y un día al verse engañada engañó á su madre, y luego... Pero dime, ¿por qué lloras niña de los ojos negros?

R. A. MASÓ.

La peluca de don Casto

TERCERA JORNADA

POR CARLOS STARICCO

¿A dónde iba? —Mauricio parecía seguir un plan forjado de antemano, por cuanto sin detenerse un instante llegó á una barranca algo profunda que existía al costado de la casa del viejo solitario y allí se detuvo.

A un extremo de la barranca las aguas provenientes de abundantes lluvias habían formado con el tiempo una laguna, algo extensa y profunda, cuya superficie, apenas rizada por la brisa, reflejaba el oscuro matiz de las orillas.

Mauricio se escondió detrás de los corpulentos sauces de ramas pobladas que lamían la linfa cristalina y allí estuvo inmóvil algún rato. De pronto sus ojos brillaron con fulgor extraordinario. Un joven, de aspecto contristado, con paso tardo, apareció dirigiéndose en apariencia á su encuentro. El reconoció en aquellas facciones demacradas por la fiebre ó el insomnio, al mismo ser que durante la mañana, al despuntar la aurora, encontrara merodeando la vivienda de don Casto y que huyera al verlo, sin darle tiempo á pensar en lo extraño de la aventura. Aquel ser, sin levantar la vista del suelo, continuó caminando hácia el borde de la laguna. Al llegar á ella se detuvo indeciso. Por fin, tomando una rápida resolución, se quitó el sombrero y el saco, colocándolos cuidadosamente sobre la yerba; dirigióse al sitio en que eran más profundas las aguas y sin dejar escapar de los labios una sola palabra, inclinó el cuerpo sobre el abismo, con la siniestra idea de arrebatarse la vida...

Pero en aquel momento una robusta mano le detuvo por la espalda y una voz potente le dijo:

—¡Infeliz! ¿Qué vá á hacer usted?

Era Mauricio, que testigo de la escena había ido á impedir que se cometiera la más grande tontería que pueden hacer los enamorados. No salía aún de su asombro Marcial—pues no era otro que él—al reconocer en su salvador al legítimo dueño de su adorado tormento, cuando éste continúo:

—¿Piensa agregar un crimen al inútil que cometería esta mañana?

Por grande que fuera la emoción de Marcial, ante tal acusación retrocedió indignado y respondió con ironía:

—¡Caballerol

—¡Cómo! ¿Se indigna usted porque le recuerde la muerte alevosa que llevara á cabo en la persona del dueño de esta peluca! Y Mauricio rompió el papel del envoltorio mostrando á Marcial la peluca colorada de don Casto. ¿Y este tajo? ¿Y esta sangre? ¿No comprende usted que su amigo el fondero no podía por más tiempo tener oculto en casa á un criminal de su talla? Y ya lo ha delatado. ¿Y usted pensaba suicidarse? Lo que merece usted es una pateadura

—¡Dios mío!—dijo Marcial, cuyo corazón latía con extremada violencia.—Voy á volverme loco.

—Lo que hará usted es volverse conmigo á la fonda hasta que llegue la policía. No quiero que se mate. Venga. Y uniendo la acción á la palabra, Mauricio ayudóle á poner el saco, y á pesar de sus protestas, le alejó de aquellos sitios, convencido de que tenía que habérselas con un sujestionado peligroso, cuya presencia llevara la desgracia al hogar querido, en el que la linda mujercita que tanto amaba, yacía enferma. Pero no bien subieron una cuesta bien escarpada, desde la que se divisaba la casa solariega de don Casto, cuando éste, atada la cabeza con un pañuelo punzó que hacía resaltar más distintamente su fealdad, se les apareció por entre las piedras de los costados de la calzada á construírse, buscando con insistencia algo que había perdido.

¡Don Casto vivo! ¡Y no tan solo vivo sino buscando la peluca! Era el colmo. Mauricio creyó que ese día iba á ser de milagros inacabables, y sin atinar á que Marcial le hablaba, separóse de su lado corriendo al encuentro del vejete y gritando: Aquí está la calabaza!

El aludido no se dió cuenta de ello hasta que Mauricio estuvo bien cerca. Los ojitos saltones del viejo relampagueaban dentro de sus órbitas, no hallando frases con que agradecer la entrega que le efectuaba Mauricio. Y dando á su voz un tono quejumbroso, empezó á contarle el percañe que le pasara esa noche y que por poco le cuesta la vida. La tarde anterior había salido á cumplir una diligencia en un pueblo vecino y al volver, el caballo que montaba, desbocado, furioso, le arrojó sobre unas piedras de la calzada, abriéndole una herida en la cabeza.

—Usted debía haberse muerto—dijo Mauricio sentenciosamente.

—¡Qué quiere!—respondió el vejete mirando al cielo.—Yo debo tener siete vidas como los gatos.

Y cayó muerto... ¡digo no! y concluyó la historia: Pero, aquí para inter nos; no crean ustedes nada de ello porque todo es una pura mentira ¡Palabra de honor!

FIN

ENTRE ESPERATIVAS



—¡Ay! ¡Cuándo mandarán ese nuevo presupuesto á la Cámara, para ver si nos han aumentado en algo la pensión á las viudas!
 —¡Cuándo será!
 —¿Usted también es viuda?
 —¡Ya lo creo!
 —¿Del presupuesto?
 —Nó; de Antonio Gonzalez.



Entre diputados:
 —¿Sabe Vd? La semana que viene enviarán á la Cámara el presupuesto.
 —¿Eh? ¿Nuestro presupuesto? ¡Al fin lo pagan! Que falta nos hacia ya...
 —¡Pero, hombre! ¡Si se trata del nuevo presupuesto á sancionarse!



—¡Sacrebleu! ¿Más trajes? Mais, j'ai donné déjà 158 trajes, mon Dieu! Pero ¿cómo vivirían ustedes si no existiese el presupuesto?
 —¡Oh, nosotros, no importa! Considere el señor Ministro cómo vivirían los sastres!



Que á probar dará ha anunciado pronto el nuevo presupuesto... Puede. Pero, á qué es yo apuesto plato ya recalentado?...



—Pero... ¿Usted, usted goza pensión de menor?
 ¡Hombre, pues!...
 —Es que tanto han tardado en pagar el último presupuesto que ¡claro! he llegado á ser mayor.

FARRA'S BROTHERS & CO



Desarreglo á que dió origen
 el célebre arreglo Baring.
 ¿Adónde irán á pararing
 estos, si no se corrigen?

W. A. D.
 14



¡Qué llover, Dios mío, qué llover, en los primeros días de la semana! Parecía que el cielo había dispuesto obsequiar á la gentil primavera con un bañito de entrada, para que su flotante manto de dorado polvillo no se esparciera luego con las brisas é inundara nuestros caminos y nuestros paseos.

Hoy, felizmente, el sol ya brilla, evaporando las últimas gotas de lluvia, que perezosas yacen aún en las grietas hondas y en los rincones perdidos.

Lo mismo nuestros teatros se vieron escasos de concurrencia. Sin embargo, la función de gracia dada por Novelli á beneficio del Ateneo, asumió las proporciones de un verdadero acontecimiento social, tanto por lo distinguido y numeroso de la concurrencia, como por el derroche de talento prodigado en el desempeño de *Kean*, donde el eximio actor llegó á donde llega siempre, á lo más alto del arte dramático.

Al día siguiente, no evaporado aún el ambiente de fiesta en la sala, efectuóse el concierto del *Instituto Verdi*, que estuvo espléndido, variado, rico en sus diversos números musicales, que está demás decir que fueron desempeñados con toda brillantez y maestría.

Fuera de esto, ningún otro acontecimiento social digno de mención, excepto algunos recibos íntimos de nuestra sociedad elegante.

Cierto que la primavera es una estación de transición, como un prelude risueño de lo que ha de venir después, el verano, la estación definida, que cuenta con tantos adeptos, á pesar de que sus fiestas tienen un carácter más bien sencillo y franco, una comunidad de roce directo con el ambiente exterior. Los paseos, por la noche, esas noches espléndidas, serenas, plácidas, que hasta las estrellas parecen gozar de una quietud celeste. y el aire tiene en sus ráfagas suavidades acariciadoras que tocan sin rozar, como suspiros de corolas invisibles. mientras la música mece é infiltra nuestro espíritu, haciendo languidecer... Luego los baños; los Pocitos, los aristocráticos Pocitos, huérfanos ocho meses en el año,

veránse nuevamente llenos de toda nuestra sociedad más distinguida, que ha hecho de esos baños...

¡Ay!... ¡Linda me he puesto!... ¡Este tintero caerse!... ¡Yo sí, que me he bañado anticipadamente!...

¿Será castigo por tanto disparatar?...
ALINA DORÉ.

En un abanico

¿Me pides en tu carta, Sinforosa,
Que escriba alguna cosa
En este abaniquito tan precioso?
Tu gusto á complacer voy presuroso
Pues quiero ser también algo galante,
Y voy á enjaretar en un instante
Un verso en que te diga miles cosas
Pero no del amor ni de las rosas.
Empiezo la deseada poesía
Querida Sinf. rosa, amiga mía,
Y... concluyo mi niña por decirte
Que sudo... y que no sé qué he de escribirte.

QUIQUE.

Epigramas

Quando se van de paseo
Trinidad y Juan su esposo,
cierto amigo cariñoso
les sirve de Cirineo.

Y toda la vecindad,
siempre que los ve salir,

suele á coro repetir:
—Ya sale la *Trinidad*...

—«¡Es enemiga la carne del alma!» con claro acento decía un predicador echando un sermón al pueblo; y un maestro que no la prueba, exclamó al oír aquello:
—¿Cómo, enemiga del alma?
¡Si dijera usted del cuerpo!...

MEGILLON



Un conocido y catigador poeta de la tierra del salero y de las soleas, dijo al final de un soneto:

¡Oh, Dios!... Si este es el siglo de las luces
Vale mil veces más vivir á oscuras!

Y no ha dicho más que la pura verdad.

Creo que ustedes piensan de igual modo que yo, ¿no es cierto?

Pues esa verdad resulta de más peso que las opiniones dualistas del viti-ministro, cuando se aplica á los que sufrimos los *cestazos* y las *escapadas de estribos* de Juancito Borda.

A fé que, si estuviera en mis manos cumplir al pié de la letra lo manifestado por el poeta, ya me tendrían convertido en personaje digno de la inmortalidad, por el grandísimo servicio que hubiera prestado á todos mis paisanos.

En la plena convicción de que las *luces* de este siglo solo son fuegos fátuos y no otra cosa, haría que reinase la oscuridad más completa, y entonces sí, ¡oh delicia de las delicias! qué bien vendría aquello de que *de noche todos los gatos son pardos*!... Iba á ser el acercamiento final del colectivismo, confundiendo esa noche felina, desde el Señor Gobernador que subió maullando, hasta los *papás de la patria*, que seguramente han de bajar... *arañando*, de los altos del Cabildo.

Tuvo razon el poeta... Antes que *malas luces*, oscuridad, siempre oscuridad... pero cuidadito de no confundirlo con el oscurantismo.

Ca serait trop fort, como decía don Juan José de Guerra.

Después de eso... *le déluge, oui le déluge... à café froid.*

¿Estamos?

Dos patas Matas compró
en el mercado hace días,
y hoy otras dos don Matías
de regalo le mandó.
Tal don gustó mucho á Matas
pues dice á cada momento:
—Estoy loco de contento
al verme con cuatro patas.

Parodiando al gallego de la ya zarandeada «Ver-bena de la Paloma», puede decirse:

Discursos por aquí,
discursos por allá,
y dále que le dále
y dále que le das

pero el poncho no aparece, y siguen creyendo los colectivistas y con ellos el viti-ministro, que el pleito con Baring Brothers y Ca. se hace inevitable si no triunfan sus ideas *patrióticas* y de trascendentales conveniencias... para el Bon Jules y algunos de sus feligreses.

Ya se puede calificar de bochince lo que pasa en la Cámara por causa de ese negocio.

Lo bueno es que Abella está abajo de ellos, es decir, en la planta baja del Cabildo, y que sabrá sofocar con sus guardias *inciviles* cualquier *farra* que hagan los señores *tíos* de la patria.

¡Quien pudiera ver al doctor Segundo y al doctor Palomeque trezados á *trompada* limpia después de una sesión.

A pesar de que á Segundo no le veo uñas pa guirriero ni piernas pa corredor.

Y están desafiados.

Me aseguraron ayer que en la sesión del martes, cuando pasaron á cuarto intermedio, Segundo se paró (con ayuda del baston) delante de Palomeque y le dijo socarronamente:

—Si querés algo, avisá.

Y ya también cortaron mano para la noche de hoy.

Que no muera ninguno.

Por lo menos, hasta que no concluya la discusión de marras.

No les parece bien?... ¿Sí? Pues soy del mismo parecer.

Y á otra cosa.

Yo les diría otra cosa, pero... pero, pero, pero, siempre sale un pero á fastidiar mortales por esos mundos literarios!... pero no se las digo porque no tengo tiempo.

Pues el sueño me domina
y voy corriendo á dormir.
Tengan paciencia: el domingo
otra cosa he de decir.

FRAY V. DE LORZA.



Torero, *«Mia moglie non ha chic, Otello y Kean»* fueron las últimas funciones de Novelli. En *Torero*, obra de él, en parte, no lo vi.

No hay como la franqueza para estar tranquilo ¿verdad? En primer lugar porque no se engaña á nadie y luego porque... se escribe menos.

Lo único que diré de dicha obra, es que el título me parece raro por demás.

¿Pusiérale usted «El Torero» ó «Un torero», hombre de Dios, pero... pero vamos adelante.

¿Si yo les dijera que en *Otello* Novelli no me satisfizo no pondrían ustedes el grito en el cielo, por tratarse de Novelli?

¿No?

Pues... no me satisfizo.

Encontré allí exceso de violencia y falta de vigor; recargamiento de tintas en la muerte, por lo larga y (aunque no parezca, esto atañe también á Novelli, pues que á él corresponde la elección) y muy malo el arreglo italiano de la tragedia de Shakspeare ¡pero muy malo!

En *Kean* estuvo admirable el simpático actor.

San Felipe sigue con suerte.

El nuevo Politeama anuncia el próximo estreno de la compañía Orejon.

Y vayan ustedes á ver allí *La Verbena* dada como Dios y Breton y de la Vega mandan, por la Antonia García que es una *señá Rita* que de seguro van á desconocer ustedes después de lo que la Millanes nos daba por tal, y por Orejon que hace un *Don Hilarion* como no se ha visto aún aquí.

En fin, que les aseguro que, dada por esa compañía, conocerán ustedes recién *La Verbena*.

RE-BEMOL



—¿Me podría decir V. qué es un termómetro?
—Un tubo con un agujero....
—¿Con uno?
—No, con dos.....
—¿Con dos?
—Con tres....
—Vamos; lo que V. quiere decir es una flauta.



NOVELA CORTA

ESCRITA EXPRESAMENTE PARA «CARAS Y CARETAS»

(CONTINUACIÓN)

Asistió lleno de pesar al desarrollo progresivo de estos amores. Vió como poco á poco se tornó Germana pensativa, iluminándosele el rostro á la llegada de Eduardo, ruborizándose al sentir su mano estrechada por él, callada y nerviosa en su presencia, llena de turbación al escuchar sus palabras. Y Eduardo, cada día más enamorado, no veía más que á Germana, demostrando con sus miradas, con sus palabras, con todo su ser, la pasión que lo dominaba.

Una tarde, después de levantarse de la mesa, Vilares, Germana y Eduardo, sentados en la galería, aspiraban el aire de la noche que empezaba á caer cargado del perfume de las flores del jardín que entraba libremente por las ventanas abiertas.

Hacía un calor sofocante. Germana, vestida de blanco, el cuello descubierto, los brazos desnudos, sus grandes ojos alzados al cielo, sus labios trémulos entreabiertos, sentía la mirada de Eduardo envolverla toda en una ola de fuego, y su seno palpitante se alzaba trémulo de emoción. Todos callaban. Vilares los observaba; veía cuán absortos estaban los jóvenes, y comprendió que el momento de las expansiones había llegado. Trémulo él también, pero de pena, hizo un esfuerzo para sobreponerse, y dirigiéndose á Eduardo le dijo:

«Estoy poco amable esta noche: este tiempo sofocante me da dolor de cabeza. ¿Por qué no van á pasear por el jardín? Tal vez haga más fresco. Yo me quedo aquí; estoy cansado.»

Eduardo se levantó

«Si Germana quiere...»

Germana, sin mirarlo, se levantó á su vez, y juntos bajaron la escalera y se perdieron entre los árboles.

Vilares los siguió con la vista. Cuando desaparecieron, dió un hondo suspiro, y apoyando sus codos sobre una mesita que tenía al lado, ocultó su rostro



en sus manos. ¿Qué fué lo que pasó por él? ¿Qué pensamientos dolorosos atravesaron su cerebro? Pobre hombre, adivinaba lo que Eduardo estaría diciéndole á su Germana en ese momento, y sufría, sufría

horriblemente. Sabía bien que desde ya Germana no era la misma, que sería él el segundo en su corazón. Pero no eran celos los que sentía, no. Era miedo, horror á la vida, solo, otra vez, con la rebelde. Recien respiraba, recien su alma se abría á la paz, á la tranquila felicidad, y ahora, en ese mismo instante, un extraño venía y se la arrebataba. Había sufrido tanto, tantos años solo, sin cariño, había después gozado tanto con el amor de su hija, y tan pronto, á penas empezaba á creer en la realidad, ya desaparecía! Era demasiado. Su corazón sangraba ante la injusticia de la vida, que le había prodigado la amargura y dado tan solo una gota de miel.

Los sollozos lo sacudían todo. Las lágrimas amargas corrían entre sus crispados dedos. Lloraba como se llora lo irremediable.

Y luego, poco á poco, se fué calmando y sus lágrimas dejaron de correr. ¿Como era posible que el llorara cuando Germana era feliz? ¿Acaso no debía él sacrificarse para que ella gozara? Y después de todo bien sabía que Germana siempre lo querría, y luego vendrían los hijos, ¡los hijos de Germana! Otra Germana chiquita que podría adorar y colmar de caricias libremente. ¡Oh, que sueño tan hermoso! Como pidió con fervor á Dios le permitiese verlo realizado!

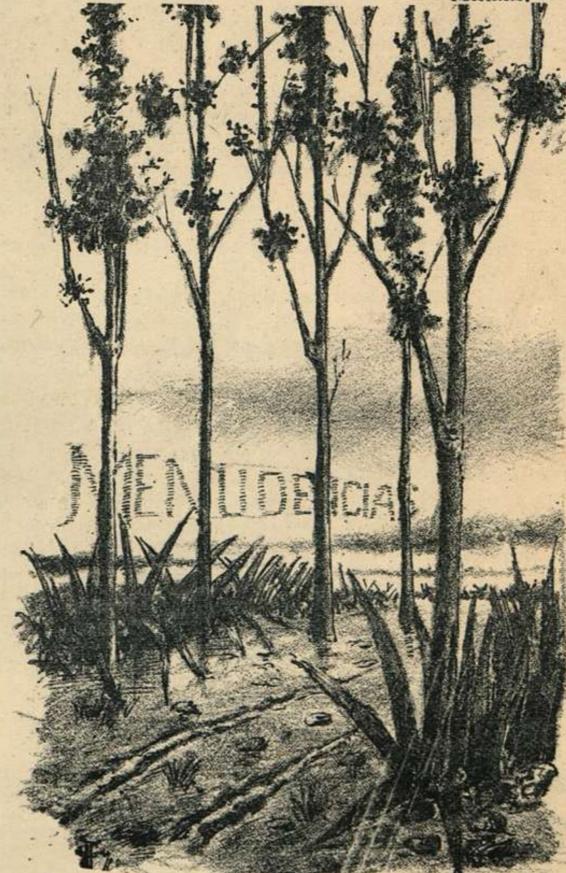
Una hora después Germana lo encontró sonriente, tranquilo y sereno. Se acercó á él, le rodeó el cuello con sus brazos y ocultó el rostro: «Papá, ¡le dije, tengo algo que decirte.» «Ya sé, dijo Vilares, sé que Eduardo te quiere, se que tu lo quieres, que él te lo ha dicho y que tú... dime ¿qué le has dicho tú?» «Oh, papá, papá querido, que bueno eres y cuanto te quiero!» Y Germana loca de felicidad, se estrechó contra su padre y estos dos seres tan buenos confundieron sus lágrimas y sus besos.

III

Los días se deslizaban felices para Germana y Eduardo. El verano, con sus tardes deliciosas, con sus noches estrelladas, se prolongaba ese año más que de costumbre. Parecía no querer irse para no privar á los novios de los largos paseos entre los árboles al fulgor de las estrellas ó á la luz de la luna. Pero como todo pasa, paso también el verano, y con los primeros fríos volvió Emma de Buenos Aires.

Volvió inquieta y sombría. Al principio de su estadía en Buenos Aires sus cartas á Germana rebosaban detalles de sus triunfos sociales, y el nombre de un joven distinguido de la alta sociedad porteña venía repetido casi á cada línea.

MIRIAM.



El individuo Genaro Capo se ha presentado á la comisaría de la 5.ª sección denunciando que antes de entrar en la fonda de Pascual Po á tomar una sopa, fué agredido por aquél, que le asentó un fuerte golpe de puño.

Victima ha sido ese Genaro Capo de una transposición, si esto no es cuento, pidió á Po sopa, y en un mal momento en vez de *sopa*, Po le dió un *sopapo*.

En un estudio fotográfico:

—Vengo á retratarme.

—¿De busto?

—No, señor; así como estoy, de saco.

Un periódico de campaña que no hace falta nombrar, trae el siguiente suelto:

«A edad avanzadísima ha fallecido en el Tala la señora doña A. C., viuda del Juez de Paz de aquella localidad, de grato recuerdo, don S. M. B., á quien acompañamos en su dolor.»

¡Demonio! ¡Acompañar en su dolor á un muerto!
¡Y porque ha ido su esposa á reunirse con él en la otra vida!

Pues si porque va su esposa
su sentimiento le expresa,
¡demonio! ¿qué hubiera dicho
si se le muere la suegra?

Benjamin Fernandez y Medina nos ha enviado sus *Camperas* y *Serranas* recientemente publicadas por Dornaleche y Reyes en un bonitísimo tomo, verdadero primor de impresion y buen gusto.

Agradeciendo la cariñosa dedicatoria, declaramos:

Que si bien por el fondo son *camperas*
las poesías que escribió Medina,
en cambio, por la forma culta y fina
y correcta y... demás, son muy *puebleras*.

De la Union se ha escapado una gentilísima costurera con un seductor mancebo

En no sé qué convento han ingresado cuatro doncellas.

¡Caramba! Con estas restas resultará todavía que á mí no me van á tocar las nueve mujeres y media que me corresponden, segun una estadística reciente!

Sin empleo y sin dinero
se encontraba Pancho Huerta,
hasta que, al fin, placentero
entró en casa de un banquero...
descerrajando la puerta.

En «Las Pirámides»:

—¡Mozo, mozo!

—¡Para qué llama usted al mozo?

—¡Pues, para pagar el gasto!

—Déjelo usted; yo...

—No faltaba más; no, señor, no lo permito.

—¡Hombre, déjelo usted!

—De ningún modo. A ver ¿cuánto se debe?

El mozo—Dos pesos cincuenta centésimos.

—Pero hombre, déjelo usted...

—Bueno, hombre, bueno; ya que se empeña Vd. en pagar, me resigno.

—No, hombre, no. ¡Si yo no me opongo á que usted pague!

—¡Pues no decía usted que lo dejara?

—Sí, que lo dejara usted... sobre la mesa.

En el almacén de Cruz Gonzalez, situado en el Paso del Molino, ocurrió un hecho curioso el Mártes.

Dos individuos que se hallaban bebiendo tranquilamente, fueron robados por un tercero que les obligó á entregarles todo el dinero que llevaban encima, so pena de incrustarles unas cuantas balas en sus respectivas cabezas.

Luego salió á la calle, y al ver que los robados le seguían pidió auxilio al guardia civil de parada en la esquina 13 de Mayo y Agraciada, diciéndole que aquellos individuos le querían robar.

Y el guardia civil ¡claro! llevó á la cárcel á los robados y dejó que el ladrón se marchara tranquilamente.

Así, si alguno del arte
va y me deja desplumado,
le diré—No dé usted parte,
¡por Dios! de que me ha robado.

Correspondencia Particular

R. Ángulo—Rocha

De decirle no me escuso
y de oirlo no se asombre
que le cae muy bien su nombre,
pues parece usted algo obtuso.

Luis—Montevideo—Usted sin duda ha proyectado hacer su carta muy graciosa, y lo que ha conseguido es que yo no pueda entender jota de lo en ella dice. Las charadas se publicarán.

K. C.—idem.

Ay, que como yo le cace,
por falta de chispa y bobo
cuando muy menos... lo sobo.
¡Y sale aún ganando K. C.!

Cretino S.—Idem—¡Y se firma usted Cretino!

¡Qué modestia, Dios divino!

Nigromante—Decididamente. Habrá que hacerle abandonar á Vd. el cultivo de la poesía á golpes.

Mejillon—Id.—Irá, irá, ¡cuanto antes! Si casi me han dado ganas de darle un abrazo á la carta. Cuando entre tanta tontería encuentro algo regular, me estasio de gozo.

Fámulo—Canelones.

Fámulo, dígame usted:
si yo de golpes le diese
y luego... le repitiese
la dosis ¿cree usted que...

Pero, hombre, ¿no estaba yo gastando consonantes en contestarle á usted? ¡Pero usted comprende que yo estaba haciendo una barbaridad!

Pepino—Montevideo.—¡Me lo he leído todo!!!

NUESTROS PROHOMBRES DE INCÓGNITO



Hizo lo que quiso y fué
cuanto quiso el pájaro este,
más temible que la peste
por causas que yo me sé.

Seccion recreativa

CHARADAS

1.^a

Se da la *prima-tercera*,
es un perfume *dos-cuarta*,
un animal *cuatro-tercia*,
y por fin mi *todo*, es arma.
Vicioso.

2.^a

Mi mujer y mi suegra se escapan
temiendo que estalle,
y *dos-prima* el *primera-segunda*
y «cojen» la calle.
Peñasco.

3.^a

1.^a y 2.^a 3.^a *Todo*
Ropa Lunes La vida de Padilla.

4.^a

Rey fué mi *todo*,
monja mi *sesta*,
es antigua ópera
una dos tercia.
El *quinta cuarta*
de este planeta
allá en nuestra órbita
lector lo encuentras.
Gualeque.

TRINO MUSICAL

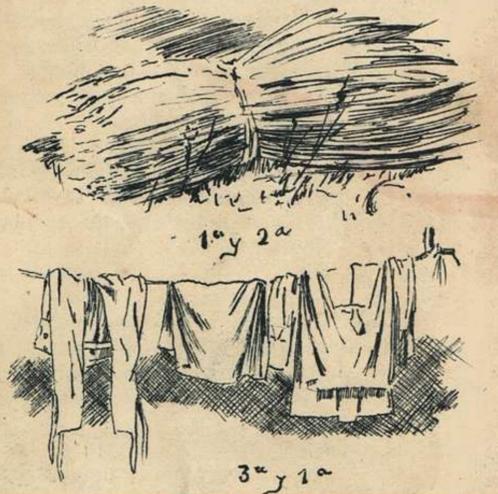
DO RE MI
RE FA LA
MI LA SOL

Sustituir las notas precedentes por otras sílabas de igual número de letras, que leídas por líneas horizontales y grupos verticales expresen: 1.^o Ciencia de los sonidos. 2.^o Ninfa del mar. 3.^o Preciosa y canora avecilla.

POR UNA LETRA

Búsqense cinco palabras de cuatro letras que expresen: 1.^o Emperador romano; 2.^o guarismo; 3.^o rey persa; 4.^o en la Catedral, y 5.^o tiempo de verbo, las cuales se diferenciarán solo en la segunda letra, que ha de ser precisamente una de las cinco vocales.

CHARADA EN ACCION



SOLUCIONES DEL NUMERO ANTEROIR
DE LA CONSTRUCCION LOGOGRAFICA—Rita, Rata, Ara, Tragar; Garita, Rara.

DE LAS CHARADAS—1.^a Amalia (esta charada salió equivocada; debe decir: *Tercera prima segunda prima primera segunda tercera*); 2.^a Correo; 3.^a Ostras.

DEL ACERTIJO CHARADÍSTICO—Calabaza.

DEL ACERTIJO—Pastor Delgado Silva.

ENVIARON LA SOLUCION—De la construccion logografica—Calixto y Tú y yo.

De las charadas—F. F. F., Esfinge, Tú y yo, Calixto y Fernandito (éste de la 2.^a y 3.^a).

Del acertijo charadístico—Calixto, F. F. F., Tú y yo y Esfinge.

Del acertijo—Tú y yo, F. F. F., Esfinge, Fernandito y Calixto.

Estudio Fotográfico
de P. Calligaris

CALLE IBICUY, 228



Fotografía de moda
por la *high life* preferida,
donde se retrata toda
la gente más distinguida.

AL POLO
BAMBA

CASA ESPECIAL EN CAFÉ
CALLE COLONIA, 2, 4, 6, 8

De el «Polo Bamba» un café
de clase tan superior,
que beber no logra usted
en el mundo otro mejor.



ELIXIR HUTCHINSON
TÓNICO DIGESTIVO
Y RECONSTITUYENTE



á la Papaina (Pepsina vegetal), pre-
parado con el fruto del CARICA
PAPAYA (Manon del Paraguay).
El más potente y agradable de los
digestivos, contra anemia, clorosis, de-
bilidad y consunción.

Botica Inglesa «Hutchinson»

25 de Mayo, esq. Ituzaingó

Estudio Fotográfico
de DOLCE Her.

Calle Sarandí Núm. 359

Retratos modernos de busto
á la romana

A Dolce, es ya cosa vista,
nadie á retratar lo gana
y, como se todo un artista,
no hay niña que se resista
á vestirse de romana.

